

al abrigo de la malignidad del vituperio y la burla. Las personas dotadas de tal carácter, tienen también un corazón formado para la amistad, disposición que no se sabría estimar demasiado entre las mujeres, porque es muy rara, aunque tenga en esto un gran encanto.

Como nuestro objeto es juzgar sentimientos, no podemos saber, á pesar de explicar tanto como sea posible la diferencia de las impresiones que hacen sobre los hombres, la figura y los rasgos del bello sexo. Todo este encanto descansa en el fondo sobre la inclinación que nos lleva hácia él. La naturaleza prosigue su gran designio, y todas las delicadezas que á ella se juntan y que parecen separarse tanto como ellas quieren, no son más que accesorios de ella, y derivan en definitiva todo su encanto del mismo origen. Un gusto *bueno y verdadero*, que está siempre determinado por esta inclinación; no será más que débilmente atraído por los encantos de la conversación, señas del semblante, los ojos, etc., en una mujer, y como no vé en ella más que el sexo, trata ordinariamente la delicadeza de los demás de pura burla.

Aunque este gusto no sea delicado, no es, sin embargo, para despreciarlo. Porque, gracias á él, es como la mayor parte de los hombres; obedece de una manera sencilla y segura á la gran ley de la naturaleza (1). Por esto es por lo que se forman la

(1) Como todas las cosas del mundo tienen también su lado malo, es fastidioso que esta especie de gusto, degenera más fácil-

mayor parte de los matrimonios, al menos en la clase más laboriosa de la sociedad, y cuando un hombre no tiene la cabeza llena de aires encantadores y lisonjeros, de miradas apasionadas, de noble talante, etc., y cuando no comprende nada de todo esto, no atiende más que á las virtudes domésticas, la economía, etc., y aún á la dote. En cuanto al gusto delicado, que exige que se haga una distinción entre los encantos exteriores de las mujeres, se refiere á lo que hay de *moral* ó de *inmoral* en la figura y en la expresión del aspecto. Considerando los encantos de una mujer bajo este último punto de vista, se la podrá llamar *linda*. Formas bien proporcionadas, rasgos regulares, una feliz armonía del color de la tez y el de los ojos, estas son bellezas que agradan también en un ramillete de flores y obtienen una fría admiración. El aspecto mismo no dice nada, tiene bello el ser lindo, y no habla al corazón. Mas cuando la expresión de los rasgos, de los ojos ó de la figura, es moral, se reduce al sentimiento de lo sublime ó al de lo bello. Una mujer en la que los atractivos de su sexo hacen aparecer principalmente la expresión moral de lo sublime, se llama bella en el verdadero sentido de la palabra; aquella cuya fisonomía ó los rasgos del semblante tienen un carácter moral que

mente que otro en libertinaje; porque como el fuego que una persona ha mostrado, puede ser aumentado por otra, no hay bastantes trabas para retener en los justos límites tan indomable inclinación.

anuncia las cualidades de lo bello, es *agradable*; y si lo es en alto grado, *encantadora*. La primera, bajo un aire tranquilo, en una noble postura, y en miradas modestas, deja traslucir el esplendor de un alma bella; una sensibilidad tierna, un corazón benevolente, se juntan sobre su rostro y se amparan á la vez de la inclinacion y el respeto de nuestros corazones. En los ojos alegres de la segunda, resplandecen la gracia, el espíritu, una fina molicie, una ligera mofa y una frialdad simulada. Yo no quiero dejarme arrastrar demasiado lejos en el análisis de este género, porque en semejante materia, el autor tiene siempre el aire de seguir su propia inclinacion. Sin embargo, yo añadiría todavía que el gusto que tienen muchas damas por una tez pálida, pero sana, se explica muy fácilmente. Es que en efecto, esta especie de tez, acompaña comunmente á un carácter dotado de una sensibilidad más profunda y mas tierna, lo que se comprende en lo sublime, mientras que un color encarnado y floreciente anuncia más bien un carácter vivo y alegre; por lo que es más lisonjero para la vanidad inspirar y encadenar, que encantar y seducir. Puede haber en esto personas lindas, pero sin ningun sentimiento moral y sin ninguna expresion; ellas no sabrán ni inspirar ni encantar, si no es este el gusto sólido de que hemos hablado, y al que ocurre alguna vez refinar y hacer una eleccion á su manera. Es una desgracia que estas bellas criaturas caigan fácilmente en el defecto del *orgullo*, cuando consultan á su espejo que les mues-

tra su belleza, y que carezcan de sentimientos delicados, porque entónces consideran á todo el mundo indiferente á su vista, excepto la lisonja que tiene sus aspectos y usa de artificio. Uno se explicará quizá conforme á estas ideas, los diversos efectos que la figura de una mujer produce sobre el gusto de los hombres. Yo no hablo de lo que en estos efectos toca demasiado cerca al apetito del sexo, ni de lo que es susceptible de conformar con esta idea particular, de *voluptuosidad* de que se envuelve el sentimiento de cada uno, porque esto sale de la esfera de su gusto delicado. Quizá Mr. de *Buffon*, tenga razon al suponer que la figura que hace sobre nosotros la primera impresion, en el tiempo en que la inclinacion por el sexo es todavía nueva y empieza á desenvolverse, venga á ser como el tipo, al cual, en lo sucesivo, deberán referirse más ó menos todas las demás figuras de las mujeres, para excitar en nosotros estos caprichosos deseos que nos fuerzan, á pesar de la grosería de esta inclinacion, á escoger entre diversos objetos. En cuanto al gusto más delicado, yo sostengo que todos los hombres juzgan poco más ó menos de una manera uniforme esta especie de belleza que hemos llamado *linda figura*, y que más allá no sean las opiniones tan opuestas como comunmente se cree. Las *circasianas* y las *georgianas* han parecido siempre muy lindas á los europeos que han viajado por su país. Los *turcos*, los *árabes* y los *persas*, deben tener el mismo gusto, puesto que ellos están muy deseosos de embellecer su poblacion con la mezcla

de tan bella raza, y se nota que esto ha salido bien realmente á la raza persa. Los mercaderes del *Indostan*, no dejan de sacar un gran provecho del detestable comercio que hacen de estas bellas criaturas, llevándolas á las personas ricas y regaladas de su país; y se vé que cualquiera que sea la diferencia que presenten los caprichos del gusto en estas diferentes comarcas, la que ha sido una vez reconocido en la una, como superiormente linda, lo será tambien en todas las demás. Mas si en el juicio que se forma sobre la delicadeza de una figura, se hace entrar la expresion moral de los atractivos, entónces el gusto variará entre los hombres, segun sus sentimientos morales, ó segun las diferentes significaciones que puedan hallar para la figura. Se ven muchas veces figuras, que al primer aspecto no hacen un gran efecto, porque no son completamente lindas, pero que desde que comienzan á agradar, gracias á un más íntimo conocimiento, parecen cautivar mucho más y embellecerse continuamente, miéntras que por el contrario, una linda figura que se ofrece al primer golpe de vista, se mira en lo sucesivo con más frialdad. Esto viene sin duda de que los atractivos morales, desde que son sensibles, encadenan más, y como los sentimientos morales necesitan una ocasion para producirse y mostrarse, cada descubrimiento de un nuevo encanto de este género, nos hace sospechar bien de otros todavía, miéntras que los placeres que no se ocultan, cuando han producido una vez todo su efecto, no pueden en lo sucesivo impedir la curio-

sidad amorosa de enfriarse y de cambiarse insensiblemente en indiferencia.

Hé aquí una nota que se presenta muy naturalmente en medio de estas observaciones. El sentimiento completamente simple y grosero del apetito del sexo, conduce ciertamente, de la manera más directa, á algun objeto de la naturaleza, y ejecutando su órden, es propio para hacer los individuos dichosos sin rodeo; mas á causa de su universalidad, degenera fácilmente en libertinaje y desórden. De otro lado, un gusto mucho más delicado sirve ciertamente para quitar su grosería á una inclinacion impetuosa, y restringiéndolo á un número muy pequeño de objetos, á darle un carácter de moralidad y de urbanidad, mas falta ordinariamente el gran objeto final de la naturaleza, y como exige y atiende mucho más que tiene por costumbre dar, hace raramente dichosas las personas que lo poseen. El primero de estos gustos es grosero, porque se reduce á todos los individuos de un sexo; el segundo, es refinado, porque no se reduce propiamente á ninguno: no se ocupa más que de un objeto que se crea la imaginacion, y que adorna de todas las nobles y bellas cualidades que la naturaleza reúne rara vez en una sola persona, y que más raramente todavía ofrece á aquél que podría apreciarlas y fuera digno de tal posesion. Hé aquí por qué se aplaza el matrimonio; por qué se renuncia á él por completo, ó lo que es quizá peor todavía, por qué se arrepiente amargamente cuando se ha hecho una eleccion que no llena el

objeto, porque ocurre algunas veces como al cojo de Esopo que encuentra una perla, cuando un grano de arena hubiera llenado mejor su objeto.

Podemos notar aquí, en general, que por muy atractivas que quedan ser las impresiones de un gusto delicado no se debe emprender, sin embargo, el refinarlo mas que con precaucion, si no se quiere, atribuyéndole un encanto excesivo, prepararse un origen de pesares y de males. Por poco que la cosa me parezca practicable, yo propondria voluntariamente á las almas nobles depurar este gusto en lo posible, en todo lo que toca á sus propias cualidades ó sus propias acciones, pero dejarle en su simplicidad relativamente á sus goces, ó á lo que expresan de otros. Si pudiera ser así, ellas se harian dichosas, y los demás con ellas. No se debe jamás olvidar que en cualquier cosa que esto sea, no se debe jamás fundar muy grandes esperanzas sobre la dicha de la vida y la perfeccion de los hombres, porque el que no cuenta más que sobre lo mediano, tiene la ventaja de ser rara vez defraudada su esperanza por los acontecimientos, miéntras que es alguna vez sorprendido por perfecciones inesperadas.

La edad, este gran enemigo de la belleza, amenaza todos estos atractivos, y cuando el orden natural se sigue, es necesario que las cualidades sublimes y nobles tomen poco á poco el puesto de las bellas cualidades, con el fin de que, á medida que la persona cese de ser amable, adquiera siempre nuevos derechos al respeto. Es á mi entender, en

una bella simplicidad relevada por un sentimiento delicado por todo lo que es de atractivo y noble, en lo que deberia consistir toda la perfeccion del bello sexo en la flor de la edad. Cuando la pretension á los atractivos viene á debilitarse insensiblemente, la lectura de los libros, el desenvolvimiento del espíritu podria poco á poco dejar á las musas la plaza poco há ocupada por las gracias, y el marido deberia ser el primer señor. Sin embargo, aun cuando llegue esta época de la vejez, tan terrible para todas las mujeres, pertenecen todavia al bello sexo, y se descomponen por sí mismas, cuando, desesperando de poder sostener por más tiempo este carácter, se entregan á un humor fastidioso y adusto. Una persona de cierta edad, que muestra en sociedad un aire dulce y amistoso, cuya afabilidad es mezclada de gracia y de razon que favorece con urbanidad las diversiones de la juventud en las que no toma parte, y que llamando su atencion principalmente, muestra el contento que experimenta con la alegría que la rodea, tal persona es todavia algo más fina y más delicada que un hombre de la misma edad, y quizá sea más amable que una jóven, aunque en otro sentido. Se podria muy bien reprochar de un poco, de demasiada misticidad á este amor platónico que preconizaba un antiguo filósofo, cuando decia del objeto de su inclinacion. *Las gracias residen en sus arrugas, y mi alma parece procurar sobre mis labios cuando bajo su boca marchite;* mas tales pretensiones son improprias de esta edad. Un viejo que hace de ama-

dor es un viejo *fátuo*, y en el otro sexo estas especies de pretensiones excitan el disgusto. Si nosotros no nos comportamos con urbanidad no debe tomarse esto de la naturaleza, sino del desarreglo de nuestra voluntad.

Con el fin de no perder de vista mi texto, quiero presentar todavía algunas consideraciones sobre la influencia que los dos sexos pueden ejercer el uno sobre el otro, embelleciendo ó ennobleciendo sus sentimientos. Las mujeres tienen un sentimiento particular por lo *bello*, por relacion á lo que se refiere á *ellas mismas*, y por lo *noble*, en lo que debe esperarse de los *hombres*. Los hombres, por el contrario, tienen un sentimiento decidido por lo *noble*, que conviene á sus cualidades, y por lo *bello*, en lo que se debe esperar de las *mujeres*. De aquí debe resultar que el objeto de la naturaleza es dar al hombre más *nobleza* todavía, y á la mujer mas *belleza* por la inclinacion más recíproca de los dos sexos. Una mujer no se inquieta casi por no poseer ciertos conocimientos elevados, por ser tímida y poco propia para los asuntos importantes, etc., etc., es bella y seductora, y esto basta. Al contrario, ella exige todas estas cualidades del hombre, y la sublimidad de su alma no se revela más que por la estima que sabe hacer de sus nobles cualidades, cuando las halla en él. ¿Cómo, sin esto, tantos hombres tan feos, á pesar de su mérito, vendrian á enlazarse á mujeres tan lindas y tan seductoras? El hombre, al contrario, es mucho más exigente en la parte de atractivos ó de la belleza de

la mujer. La delicadeza de sus rasgos, su ingenuidad graciosa y su seductora amabilidad la indemnizan de la falta de lectura y otros defectos que él mismo debe reparar por sus propios talentos. La vanidad y la moda pueden muy bien dar á estas inclinaciones naturales una falsa direccion, y hacer de un hombre un *pequeño señor*, y de una mujer una *pedante* ó una *amazona*; mas la naturaleza busca siempre el reducirnos á ella. Se puede juzgar, conforme á esto, cuánto podria contribuir la inclinacion que tenemos por las mujeres á ennoblecernos, si en lugar de una instruccion árida, se desenvolviese en ellas desde muy temprano el sentimiento moral, á fin de hacerlas capaces de sentir lo que conviene á la dignidad y á las cualidades sublimes del otro sexo, y prepararlas con esto á mirar con desprecio los raros melindres, y á no dirigirse á ninguna otra cualidad que el mérito. Es cierto tambien que el poder de los encantos ganaria con esto en general; porque vemos que el embellecimiento que producen no obra más que sobre almas nobles; las demás no son bastante delicadas para experimentarlas. De una insensibilidad de este género es de la que se lamentaba el poeta *Simónides* cuando invitado á mostrar sus bellos cantos á los de *Tesalia*, respondió: *Estas gentes son demasiado tontos para dejarse engañar por un hombre como yo*. Por otra parte, se ha observado ya que uno de los efectos de la sociedad, es hacer las costumbres de los hombres más dulces, sus maneras más elegantes y más corteses, su sustentacion más esmerada;

pero esto no es más que una ventaja accesoria (1). Lo esencial es que el hombre como hombre, y la mujer como mujer, vengan á ser más perfectos, es decir, que la inclinacion que tienen los dos sexos, obre conforme al voto de la naturaleza, de manera que haga más nobles todavía las cualidades del uno, y más bellas las cualidades del otro. Si los dos llegan de este modo al mayor grado de perfeccion, el hombre entónces, confiado en su mérito, podrá decir á la mujer: *aunque no me ames, yo te obligaré á estimarme*; y la mujer, segura del poder de sus encantos, podrá decir al hombre: *aunque no me estimes interiormente, yo te obligaré sin embargo á amarme*. A falta de semejantes principios, vemos hombres, para agradar, tomar aires afeminados, y alguna vez tambien (aunque es ménos frecuente), mujeres afectar un aire varonil para inspirar la estima; pero se hace siempre muy mal lo que se hace contra el órden de la naturaleza.

En la vida conyugal, un enlace íntimo no debe formar en cierto modo más que una sola persona moral, animada y dirigida por la inteligencia del hombre y por el gusto de la mujer. Porque no solamente se puede atribuir á aquél más de esta pe-

---

(1) Esta ventaja pierde por sí misma mucho de su importancia, si es cierto, como se pretende haberlo notado, que los hombres introducidos demasiado pronto y con mucha frecuencia en sociedades que las mujeres consideran de tono, vienen á ser ordinariamente raros, enojosos y aún despreciables en las sociedades de hombres, porque han perdido el gusto para un entretenimiento animado, pero sólido; divertido, pero sério y útil.

netracion que dá la experiencia, y á ésta más finura y precision en el sentimiento, sino que tambien es lo propio de un noble carácter .colocar en la complacencia de un objeto amado el fin de sus esfuerzos; y de otro lado, es propio de una bella alma buscar el contestar á tales intenciones con una amable complacencia. Bajo este respecto, no tiene lugar ninguna lucha de superioridad, y allí donde se levanta, es el signo seguro de un gusto grosero y de una union mal hecha. Desde que se trata del derecho de mandar, todo el encanto de la union está ya perdido; porque como es la inclinacion lo que debe formarla, está ya á medio romper, cuando el deber comienza á hacerse entender. Toda pretension de la mujer á tomar un tono duro é imperioso, es odiosa; una pretension semejante en el hombre, es baja y despreciable. Sin embargo, la sábia disposicion de las cosas quiere que toda esta delicadeza, toda esta ternura de sentimiento, no tenga toda su fuerza más que al principio; en lo sucesivo, la costumbre y los asuntos domésticos la quitan insensiblemente y la cambian en esta amistad familiar, en donde el gran arte consiste en entretener todavía algun resto del primer sentimiento, á fin de que la indiferencia y la saciedad, no quiten todo el placer que se hubiera prometido al formar tal union.